

69

LA NOVELA
PARAMOUNT



La novela
de Tilita

Louise Fazenda



25
CTS

LA NOVELA PARAMOUNT

a- Publicación semanal de Argumentos de Películas
de la marca

Año III	PARAMOUNT	25
N.º 69	EDICIONES BISTAGNE	Cts.
PASAJE DE LA PAZ, 10 BIS — BARCELONA		

TILLIE'S PUNCTURED ROMANCE 1928
LA NOVELA DE TILITA

Divertida comedia, interpretada por
LOUISE FAZENDA, CHESTER CONKLIN,
MACK SWAIN, W. C. FIELDS,
TOM KENNEDY, etc

Es un film **PARAMOUNT**

Distribuido por

PARAMOUNT FILMS, S. A.

LA NOVELA DE TILITA

Argumento de la Película

En un lugar de Arizona, cuyo nombre no hace al caso, vivía una jovencita con un padrastro muy gordo.

Tan gordo y grave era éste que la jovencita de nuestro cuento no se atrevía a mirarlo.

Tilita, que así se llamaba ella, no conocía del mundo más que lo que de él le contaron.

Cierto día al ver que un sujeto pegaba en una pared cercana a su casa un anuncio, se dirigió allí en mala forma y dijo:

—Mi padrastro no quiere que fijen carteles a menos que sean de anuncios de píldoras para el hígado.

—Señorita, éste es el anuncio de un circo que se va a instalar en breve.

Tilita se fijó entonces en el cartel que representaba un monumental circo propiedad de Horacio Frisbée.

En el dibujo aparecía un elegante y atlético joven sobre un trapecio efectuando con otros acróbatas arriesgados ejercicios.

Tilita que, como ya sabemos, era una paloma torcáz, quedó encantada ante el carte-lito y ya no protestó contra su colocación.

—¡Caramba! —dijo.—Me gustaría tener un retrato de este joven tan guapo para contemplarlo a mi sabor...

—Tome uno!.....

Puso un cartel más pequeño en sus manos y ella se lo guardó devotamente.

El fijador de carteles alejóse para seguir ensuciando las fachadas y Tilita quedó admirando con ojos devotos la imagen de su caballero de ensueño.

De pronto se presentó el padrastro (o lo que fuere) de Tilita. Se llamaba Alfredo Schamalte y se había pasado veinte años de su inútil existencia suspirando y gimiendo.

La reprimió duramente por su proceder, diciéndole:

—¿No sabes que te tengo dicho que no quiero que pongas la vista en estos saltamontes del circo?...

—Pero...

—¡Ah, qué dolorosos recuerdos evoca para mí este maldito cartel!... Entrá en casa que quiero hablarte.

Instalados ya en el hogar, el padrastro cogió una caja de desvencijado cartón y la puso sobre sus rodillas.

—Si supieras lo que voy a decirte no te atreverías a poner la vista sobre esos sinvergüenzas del circo...



La recriminó duramente por su proceder...

—¿Por qué?

—Oye una historia muy triste... Tilita, hace veinte años que tu madre me dió esta caja para ti...

La mostró un bordado cuello de vestido que allí estaba guardado y le dijo:

—Esto era de tu madre... Lo llevaba puesto el día que me enamoré de ella.

Luego le enseñó una cadenita de la que pendía un colmillo de oro.

—Este colmillo solía pender del cuello de tu madre cuando yo me prendí de ella. Te lo regalo para que la recuerdes siempre...

La muchacha con lágrimas en los ojos se quedó el dije y vió en su interior el retrato de una mujer.

—¡Ah! —suspiró el padrastro.—Este es el retrato de tu madre... Hermosa como un sol... con unos ojos como dos luceros y unos dientes como perlas... Pero escucha la triste historia...

Se interrumpió para lanzar un suspiro y luego continuó:

—Veinte años ha yo amaba a tu madre con pasión equinoccial, ciclónica, huracanada...

“Un día fuimos de paseo...

—“Eres hermosa como una rosa primaveral —le dije.—¡Vamos juntitos del brazo a la fiesta campestre, mi amor!...

“Salimos por la carretera cuando acertó a pasar un carromato de circo. Su director era Horacio A. Frisbée que heredó su habilidad para manejar leones de un tío que tenía in-

tenciones de ir al Africa a cazarlos.

"Mi esposa, al parecer, se estuvo "timando" con el director de marras; lo cierto es que de pronto ella me dijo:

—“No quiero ir a la fiesta campestre... ¡Quiero ir al circo!...

"Yo, dispuesto siempre a complacerla, me fui a enterar de cuándo había función.

"Al regresar, me encontré a tu madre en tierno palique con Horacio que le daba un billetito.

"Era una entrada de favor para la función de aquella noche.

—¡Devuelve éso!—rugí yo con la consiguiente indignación.

Horacio tomó el billetito, puso en él una nota y me lo entregó:

—“Es un pase para ustedes dos. Así la señorita podrá ir al circo con su papá...

"Luego el conquistador, riendo, alejóse de mi esposa y yo ví a ésta suspirar de un modo alarmante.

—¡Ah, la ingrata!

"Avancé hacia ella con los puños cerrados.

—¡Escoje, mujer caprichosa y vana! —le dije—. ¡O connigo o con el circo!

"Y ella, mirándome desdeñosamente, sin compasión por el amor que llenaba mi alma, se fué al circo.

—“Así fué como tu madre me desdeñó para casarse con aquel domador de gatos africanos...

"Pasaron dos años... Una noche en que nevaba mucho... ¡pam, pam!... llaman a la puerta... salgo creyendo que era algún caminante que me pediría hospitalidad pues la noche era de demonios, cuando me encuentro con una criatura arropada que habían abandonado ante mi casa...

"Tu madre había abandonado el fruto de sus amores..."

Yo recogí a la criaturita que eras tú... y desde entonces te he considerado siempre como una hija...

"Ahora ya sabes porqué odio a todo cuanto huele a circo..."

—¡Comprendo!—dijo la joven.

Luego ella comenzó a buscar en la cajita de cartón.

—¿Qué estás buscando en estos recuerdos de tu madre a la que debía odiar y no puedo...?—dijo el padrastro.

—El retrato de Horacio Frisbée...—dijo, sonriente.

—Eh, ¿por qué te burlas? ¿Es qué te gusta el circo?

—¡Sí! ¡Es inútil...! ¡El circo me llama!...

Siento correr por mis venas el aserrín de la pista...

—¡Locuela!

—Además he visto el retrato de un acróbata que me ha robado el corazón. ¡Qué chico, padre, qué chico!

—¡No sueñes en tonterías... porque te lo diré de otro modo!

Tilita se encerró en su cuartito para soñar en la vida amplia y libre del circo, que fué la vida de su madre y cuya influencia sentía decisiva en el alma.

* * *

Horacio Frisbée se había convertido en dueño de un gran circo... Para nada se acordaba de su aventura de amor ni de la hija desaparecida.

Su jefe de pista era Elmor Pocapena que había nacido para el circo y en él había pasado los mejores años de su inútil existencia.

Aquella tarde, Pocapena, que estaba hablando con otro artista de circo recibió esta carta del director y propietario Horacio Frisbée.

Señor mío:

Mi circo ha sido siempre famoso por sus leones, pero parece que éstos se han convertido en gatos. Si no los devuelve usted a su primitivo estado, le despediré del circo.

Horacio Frisbée.

Pocapena se echó a reír al recibir aquella misiva. En su alma anidaban graves proyectos.

Deseaba apoderarse del circo convirtiéndose en su director. Para ello había ideado suprimir al verdadero propietario.

—Frisbée está a punto de caer! — dijo a Jack, su cómplice—. Lo encerraremos en la jaula de los leones y adiós el hombre... ¡El circo será nuestro!

Por orden de Pocapena los leones llevaban unos días de dieta a fin de que tuvieran buen apetito para devorar al director.

—Tráeme ahora — le dijo a Jack—, un buen pedazo de carne jugosa y fresca para abrir el apetito a los leones...

Alimentaron a las fieras y entonces apareció Michel, el domador y dijo a Pocapena.

—¿Qué es ésto? ¿No me dijo usted que no quería que les diese carne cruda a los leones?

—Eso era durante la Cuaresma... ¡Y no olvide que aquí yo soy el jefe!

Retiróse Michel malhumorado, y Jack dijo al jefe de pista:

—¿Cómo lo haremos para desembarazarlos de ese maldito domador de leones?

—Dale un estacazo en la cabeza y llévatelo allí donde nadie lo encuentre.

Jack armóse de un garrote y cumplió la orden. Aprovechándose de que el domador estaba sentado y distraído, fué detrás de él y de un estacazo le lanzó al mundo de los sueños.

Se lo cargó en hombros y lo llevó del circo dejándole en un campo y cubriéndolo de heno.

Mientras tanto el director Frisbée observaba la jaula de los leones y viendo rugir a éstos, impacientes y excitados, dijo a Pocapéna:

—¡Bravo! Es la primera vez en quince días que veo que los leones pueden tenerse en pie sin necesidad de estimulantes...

—¡Es cierto!... Pero, ¿sabe el conflicto que se nos presenta encima? — dijo el jefe de pista.

—¿Qué pasa?

—Le enseñé su carta al domador de leones, se sintió ofendido y se marchó...

—¡Demonio! Tenemos que presentar de todos modos el número de los leones... ¿Qué haremos?

—El único en el circo que entiende de leo-

nes, es usted, señor Frisbée, que hasta los tutea...

—¿Yo meterme en la jaula? ¡Ni que me asen!

—¡No tenga usted miedo!... ¡Estos leones son absolutamente inofensivos...

—¡Mirelos como rugen!...

—Todavía no se han comido a nadie que yo sepa...

—¡Quizás!... Pero, ¿quién le dice a usted que yo no sea el primero?

Por fin se dejó convencer... Tenía la piel de gallina... Y ¿cómo una gallina iba a dominar a un león?

Mientras tanto, Tilita, con la cabeza a pájaros, abandonaba su hogar dejando a su padastro esta cartita:

Adiós para siempre. No quiero ser más tu esclava. El circo me atrae.

Tilita

En el circo había comenzado la función. Tenía lugar primero una emocionante carrera de carros romanos.

Luego vendría el número de los leones.

Pocapéna pensaba que el numerito convertiría a Frisbée en un cadáver. Para ello había tomado sus medidas. Descosió el forro del chaleco que debía vestir Frisbée y puso en él un pedazo de carne.

De este modo los leones atraídos por el olor

de la carne fresca caerían sobre él y lo despedazarían...

Tilita había huído en su carro hacia el circo, un vehículo que tenía la forma de un carro romano.

Por el camino se le desbocaron los dos animales comenzando a galopar como locos.

Llegó el carro al circo y a pesar de los esfuerzos de Tilita que se mantenía en él de pie tirando de las riendas, no pudo lograr que se parase. Y el vehículo comenzó a dar vueltas por el circo siguiendo a los carros romanos como si tomara también parte en la carrera.

La emoción fué enorme ante la inesperada aparición de la muchacha que seguía apretando con furia loca las riendas.

Frisbée, que se había colocado ya la guerrera, contemplaba asombrado la inesperada actuación de la joven.

—¿Ha visto usted cosa igual? — le dijo Pocapena.

—¡En mi vida! Me parece que a esa mujer tendremos que sacarla de la pista con unas pinzas...

El carro acabó por volcar saliendo Tilita ilesa de su entrada de verdadero caballo desbocado...

Frisbée fué a su encuentro y la riñó por lo que había hecho. ¡Vaya alboroto que acababa de armar!

Estaban hablando junto a la jaula de los

leones. De pronto una de las fieras dió un violento zarpazo y arrancó por la espalda parte de la guerrera de Frisbée.

Este temblaba. ¡Tenerse que meter ahora entre los acariciadores leones!...

Al volverse, Tilita dió un grito y le quitó el trozo de carne que aparecía entre sus ropas.

—Mire... mire que lleva usted ahí!... — le dijo.

Frisbée puso el grito en el cielo, pero Pocapena y las demás gentes del circo aseguraron no tener nada que ver en el asunto. Se



—¿Ha visto usted cosa igual?

guramente habría sido una cosa casual...

El propietario mostró su agradecimiento a la muchacha por el aviso y le dijo:

—Pase mañana por aquí y la gratificaré...

Tilita se marchó, contenta, jovial, pensando en la dicha de un porvenir que creía muy hermoso.

Frisbée negóse a efectuar el numerito de los leones. Por fortuna apareció el verdadero domador, repuesto del estacazo y se encargó de la difícil actuación.

No pudo averiguar quién era el autor de la bromita...

Pocapena se consideró fracasado, pero no de modo definitivo. El quería apoderarse del circo y se saldría con la suya.

* * *

A la mañana siguiente Tilita volvió a ver al señor Frisbée.

Este quiso darle unos billetes, pero la joven los rechazó diciendo:

—No quiero ninguna gratificación, señor Frisbée... Deseo que me dé trabajo en el circo.

—¡Bien, muchacha!... Vaya a ver al jefe de pista y dígale que le dé trabajo.

Pocapena se hallaba hablando con Jack...

y ambos veían alejarse a una muchacha del circo que echando al suelo sus ropas de uniforme, les había dicho:

—¡Búsquese otra que les sirva de blanco al tirador de hacha! ¡Si me descuido me decapita!

Los dos hombres comentaban lo ocurrido cuando llegó Tilita, quien les dijo:

—El señor Frisbée dice que me den trabajo. Algo para lo cual no haga falta la cabeza...



—No quiero ninguna gratificación, señor Frisbée...

—¡Póngala de blanco del tirador de hacha! — dijo Jack.

—¡Ciento! ¡Oiga, chica!... Le daré un trabajo para el cual no hace falta la cabeza... ¡Venga conmigo!

Se dirigió hacia otra parte del circo donde se hallaba un tirador de hachas. Ordenó que se pusiera un vestido de uniforme.

Tilita tembló, pero obedeció lo que le ordenaban.

—Póngase delante de esta tabla — le dijo Pocapena—. Y la cabeza aquí donde está esta estrella para que el tirador no yerre el golpe.

La muchacha, horrorizada, vió como iban cayendo las hachas junto a ella aprisionando sus brazos y contorneando su persona...

Estaba horrorizada, acobardada, ante aquel tirador de aspecto brutal que extendía el brazo amenazante.

Pocapena se había alejado de allí no queriendo ser testigo de una decapitación.

Jack se acercó a él y le dijo:

—¡Amigo, un descubrimiento sensacional! ¡Ese colmillo es de Tilita!... Lo encontré en su bolso.

Le mostró aquel dije y el retrato de la madre de Tilita.

Los dos hombres reconocieron a aquella mujer del retrato, como la esposa de Frisbée, a la cual éste abandonó...

La desgraciada mujer, después de nacida

su hija, viéndose abandonada por su marido, y sintiéndose enferma dejó la niña ante la casa de Alfredo Schamaltze, creyendo que éste la recogería.

Meses después murió la madre en un hospital.

De la hija recién nacida no se había sabido nunca nada más en el circo. Y he ahí que ahora el destino les ponía ante ella. Porque era indudable que Tilita era la hija de su madre... El colmillo era un buen testigo. Además Tilita tenía las mismas facciones maternales.

Sonrió Pocapena y dijo alegremente:

—Frisbée no sabe que Tilita es su hija desaparecida. Casándome con ella, heredaré el circo sin tener que matar a nadie.

Y corrió en busca de Tilita que temblaba como la hoja en el árbol ante los arriesgados ejercicios del tirador.

La apartó de allí cogiéndola del brazo y la dijo con inflamada frase de ternura:

—¡Lucero de la mañana, estrellita de la tarde, no tardes en decirme que me amas!

Y así siguió largo rato en su poética declaración... aunque sin resultado.

Y como Tilita no era de las que se dejaban convencer por piropos astronómicos, el jefe de pista vió defraudadas sus esperanzas y comprendió que el único medio de quedarse con el dinero del circo era robando.

Acompañado de Jack entró aquella noche, sigilosamente, en la tienda en que dormía Frisbee.

De pronto les hirieron los oídos unas palabras... ¡Demonio! Allí había un aparato de radio, y alguien desde la emisora pronunciaba unas palabras. Era una conferencia que daba un jefe de policía.

—¡Descansad tranquilos que los ojos siempre avizores de la policía velan constantemente vuestro sueño!... ¡Dormid con tranquilidad que los fieles guardianes de la paz y del orden no permitirán que se interrumpa vuestro sueño! — decía la voz.

Esperaron a que acabase la audición y una vez hecho el silencio, se dirigieron hacia la caja de caudales...

Estuvieron largo tiempo sin poder abrir el maletín en que estaban las herramientas, y en esta operación y en la de probar de abrir la caja sin resultado alguno, se pasaron toda la noche.

Por fortuna Frisbee tenía el sueño muy pesado y no oyó nada de lo que ocurría en la contigua habitación.

Llegó la mañana... y el sol sorprendió todavía a los dos cómplices procurando abrir inútilmente la caja.

Mas, de pronto, al dar una pequeña patada sobre el acero, la puerta se abrió dejando ver el codiciado tesoro de su interior.

Iban a poner las manos pecadoras sobre

ello cuando oyeron pasos. Era Frisbee que se levantaba.

Escaparon inmediatamente de la tienda volviendo a entrar a los pocos momentos y cuando Frisbee contemplaba la caja abierta y el maletín de las herramientas que había abierto con suma facilidad.

—Llegan ustedes a tiempo — dijo al ver a los dos empleados—. Por lo que veo me han robado.

—¡Oh!

—¡Quédense aquí a guardar la caja mientras yo doy parte a la policía!

—¡Vaya... vaya corriendo!

Marchó y los dos hombres se frotaron las manos prontos a quedarse con el dinero y tomar las de Villadiego.

Pero, ya... ya...

Sin que ellos lo viesen, había entrado Tilita en la estancia y apoderándose de un fajo de billetes, cerró la caja y desapareció.

Fué al marchar cuando los dos hombres la descubrieron.

—¿Qué te parece? — rugió Pocapena al verla alejarse—. ¡Ha cerrado la caja porque desconfia de nosotros!...

—¡Esto es intolerable!

—¡No perdamos más tiempo! ¡Trae la dinamita! — gritó Pocapena.

Encendieron un cartucho y lo aplicaron a la caja.

Se dispusieron a huir, pero apareció Frisbee

quién les rogó que no se movieran de allí y al pretender ellos escapar, les cogió por las solapas impidiéndoselo.

—Por qué marchaban? Debían ayudarle a contar el dinero robado.

Mientras discutían estalló el cartucho de dinamita y la habitación quedó convertida en ruinas.

Los tres hombres resultaron contusionados... Frisbée al levantarse, exclamó, mirando a los dos empleados:

—Aquí ha pasado algo, ¿no?



—Aquí ha pasado algo...

—Así parece!...

Frisbée corrió a la caja y vió que había desaparecido todo el dinero. Dio un grito de espanto.

—Me han arruinado! Los ladrones me han dejado sin un céntimo.

Entró Tilita y entregándole un fajo de billetes dijo:

—Tome usted! El dinero yo se lo guardé por si le hacía falta...

—Gracias, Tilita! Eres mi salvación!...

Los dos empleados se alejaron malhumorados viendo fracasado su intento de robo.

—Ah, demonio! ¿No llegaría nunca la ocasión?

Poco después Tilita recibió una carta de su padrastro. Decía así:

Tilita:

Alemania está en guerra y yo como buen patriota y general de sus ejércitos, parto para la patria a incorporarme a sus fuerzas. Que te muerda un león es el ferviente deseo de tu ex padrastro.

Alfredo Schmalzze

—No quiero saber nada de él! — Nunca nada! — gritó.

Tilita conoció aquella noche al acróbata que le había robado el corazón...

—Qué simpático era el mozo! Lo malo fué

quién les rogó que no se movieran de allí y al pretender ellos escapar, les cogió por las solapas impidiéndoselo.

—Por qué marchaban? Debían ayudarle a contar el dinero robado.

Mientras discutían estalló el cartucho de dinamita y la habitación quedó convertida en ruinas.

Los tres hombres resultaron contusionados... Frisbée al levantarse, exclamó, mirando a los dos empleados:

—Aquí ha pasado algo, ¿no?



—Aquí ha pasado algo...

—¡Así parece!...

Frisbée corrió a la caja y vió que había desaparecido todo el dinero. Dio un grito de espanto.

—¡Me han arruinado! Los ladrones me han dejado sin un céntimo.

Entró Tilita y entregándole un fajo de billetes dijo:

—¡Tome usted! El dinero yo se lo guardé por si le hacía falta...

—¡Gracias, Tilita! ¡Eres mi salvación!...

Los dos empleados se alejaron malhumorados viendo fracasado su intento de robo.

—¡Ah, demonio! ¿No llegaría nunca la ocasión?

Poco después Tilita recibió una carta de su padrastro. Decía así:

Tilita:

Alemania está en guerra y yo como buen patriota y general de sus ejércitos, parto para la patria a incorporarme a sus fuerzas. Que te muerda un león es el ferviente deseo de tu ex padrastro.

Alfredo Schmalzle

—¡No quiero saber nada de él! — Nunca nada! — gritó.

Tilita conoció aquella noche al acróbata que le había robado el corazón...

—¡Qué simpático era el mozo! Lo malo fué

que el joven tenía ya novia, que era una encantadora alambrista del circo.

Era imposible, pues, pensar en el amor... Pero, ¿qué importaba?

La vida de circo le causaba una emoción indecible.

Durante la representación, aquella noche se espació la noticia de qué los Estados Unidos habían declarado la guerra a los Imperios Centrales.

—¡Se lo haré saber al público! Supongo que la noticia le interesará — dijo Pocapena.

Y apareciendo en medio del circo, impuso silencio y gritó:

—¡Respetable público! ¡La guerra está declarada!

Estas palabras alborotaron a la concurrencia.

Gritos, hurras, desbordamientos de unción patriótica... aclamaciones.

—¡Muchachos, a cumplir con vuestro deber!

—¡A alistarse!

—¡Pronto!

Y los jóvenes que se hallaban entre el público prometían ir como voluntarios a la contienda.

Frishée, lleno también de entusiasmo patriótico, subióse a un estrado y dijo:

—¡Respetable público! Soy ya demasiado viejo para ir a la guerra, pero ofrezco mi circo y todos mis artistas al Gobierno para que

los mande a Francia a entretener a los soldados.

Estas palabras produjeron gran alborozo.

—¡Tres hurras por Horacio Frisbée! — dijo el joven acróbatas.

—¡Hip!

—¡Hip!

—¡Hurra!

Al dar este último grito, dió a su vez un salto del trapecio y estuvo a dos pasos de romperse la cabeza.

Y durante toda la función los cantos bélicos alternaron con las actuaciones de los artistas.

—¡Hip!

—¡Hip!

—¡Hurra!

—¡Hip!

El jefe ordenó que las tropas abandonasen acto seguido el poblado, y poco después reinaba en él la más espantosa soledad.

El señor Frisbée, Tilita y Pocapena habían dejado atrás de las líneas de fuego a los carros de la *troupe* y se habían internado hacia las posiciones de vanguardia.

Pocapena ya no pensaba en realizar robos ni crímenes. Tenía confianza de que una bala matase a Frisbée dejándole a él dueño del circo... En cuanto al corazón de Tilita, no había modo de conseguirlo.

—Cuando lleguemos a Dion el pueblo en masa saldrá a recibirnos — dijo Frisbée.

Llegaron al cabo de larga caminata al pueblo de Dion y les chocó al verlo abandonado y desierto.

—¡Qué extraño! — dijo Frisbée—. Yo creía que aquí nos recibirían con palmas y se nos daría una bienvenida morrocotuda.

—¡Es raro! ¡No veo a nadie! — exclamó Pocapena.

—¡Quizás disparando el revólver se enterarán de que hemos llegado!

Frisbée disparó su arma... y ¡la que se armó!

Como si aquello hubiese sido una señal comenzó a caer lluvia de fuego sobre ellos...

Las tropas aliadas bombardeaban creyéndolos enemigos.

—¡Socorro! ¡Ladrones! ¡Asesinos! ¡Soldados! ¡Policías! ¡Artilleros! ¡Caballería! ¡Avia-

dores! — gritaba Frisbée en el colmo del terror.

Tilita también estaba horrorizada y Pocapena temía que acabasen con su vida.

Corrieron mucho hasta llegar a otro poblado donde habían llegado los alemanes en su retirada y viendo una casa abandonada, se metieron en ella.

Por fortuna encontraron allí un vestuario completo de ropa militar y se vistieron trajes de soldado alemán.

Tilita se enfundó en un traje y un casco germánico, colocándose un bigote de largos pelos...

¡Cualquiera la conocía de aquel modo!

De pronto una descarga destrozó la casa y los tres "soldados" tuvieron que escapar muertos de terror...

Desde aquel momento nuestros tres héroes hubieran dado la vida por un par de dólares si alguien se la hubiera comprado.

Salieron al campo y de pronto un oficial teutón les descubrió. Creyendo que se trataba de soldados alemanes, ordenó que fueran a engrosar la columna.

Y he ahí que los tres americanos temblando como azogados tuvieron que permanecer en fila al lado de los auténticos enemigos de su patria.

De pronto gritó el oficial con terrible voz:

—¡El general Schmaltze! ¡Atención! ¡Presenten armas!

Apareció el general aleman y Tilita descubrió asombrada que era su padrastro. También Frisbée reconoció a aquel hombre como al rival que le había perseguido muchas veces.

— ¡Horror! ¡De aquella sí que no escapaban! El general pasó revista a las tropas, pero antes de llegar a los tres americanos, se le acercó un oficial y le dijo:

— Los aliados avanzan en su sector... — Retirémonos, pues, a las últimas trinche-



...los tres americanos temblaron como azogados...

ras — gritó el general. — ¡Qué nadie se retire más aprisa que yo!

Suspendió la revista y Frisbée, Tilita y Pocapena respiraron... ¡Nada estaba descubierto aún!

La columna de Schmaltze se retiraba a pasos agigantados y el general calculaba que de seguir con tanta rapidez, en veinte minutos llegarían al otro mundo.

Aprovechando un momento de distracción, nuestros héroes abandonaron la columna ocultándose en una trinchera.

Los aliados cañonearon a los germanos causándoles bajas y haciendo desordenada su retirada.

Frisbée y sus amigos viendo que los tiritos aumentaban que era un primor, comprendieron que era preciso salir de allí.

— ¡Esperad! — dijo Frisbée. — Vendrán a salvarnos!

Escribió en un papel:

Soldados aliados:

*Manden auxilio. Estamos medio enterrados.
Urge.*

Tres americanos

Y cogiendo un proyectil de mano lo juntó con el papel y lo echó a las líneas aliadas.

Y la respuesta vino en realidad, pero en

forma de granadas que les echaban los cañones adversarios.

Salieron de la trinchera, medio muertos, y fueron detenidos por un teniente alemán quien sin conocerles les riñó, por haberse alejado de la columna.

—Ya verán ustedes cuando el general lo sepa...

Les obligaron a andar con la columna hasta las últimas trincheras. Ya en ellas fueron introducidos a presencia del general Alfredo Schmaltze.

Tilita temblaba, pero bajo su bigote y su disfraz hombruno era difícil ser reconocida... Frisbée no las tenía todas consigo y se puso el casco hasta los ojos.

Si el general descubría quién era, ¡lo mataba!

El más tranquilo era Pocapena que hacía honor a su apellido.

—¡Estos hombres desobedecieron órdenes, general! — dijo el teniente.

El general ni les miró siquiera. Aparecía muy preocupado leyendo unos papeles.

Entró un capitán y rogó al general le permitiese llevarse a uno de los soldados como ordenanza.

¡Concedido!

—¡Sígame, pollo! — dijo el capitán mirando a Tilita.

Fueron al cercano departamento donde se había improvisado una bañera.

La pobre Tilita tuvo que soportar el supli-

cio de preparar el baño de aquel hombre, y cuando el capitán se desnudó, volvióse de espaldas, roja como la grana.

Ya metido en la bañera vióse la joven obligada a hacerle masaje en la espalda y luego le echó una olla de agua hirviante encima, saliendo veloz de allí, mientras el oficial desde la tina se entregaba a todos los demonios.

¡El vil soldado! ¡Ya vería cuando le cogiera!

Tilita fué a reunirse con sus amigos que contintaban de pie en el cuarto del general quien seguía enfrascado aún en la lectura.

De pronto el ex padrastro dió un grito y leyó una de las notas de información del servicio de vanguardia.

Se encuentra en el frente aliado el circo colossal que dirige Horacio Frisbée.

—¡Horacio Frisbée! — rugió en alta voz—. ¡Este es el miserable que ando buscando hace veinte años!

Los tres hombres se estremecieron, especialmente el interesado.

El general llamó al primero de ellos que era Pocapena y le dijo:

—Si me trae a Frisbée le entregaré a usted cuarenta mil marcos y a él lo fusilaré en seguida...

Pocapena volvió a su sitio. La promesa del general había hecho mella en su alma.

El general llamó al segundo soldado que era Frisbée.

Pocapena colgó en la mochila de él aquel colmillo que había pertenecido a la madre de Tilita.

El general dijo a Frisbée sin reconocerle pues iba con el casco completamente bajo:

—Si usted encuentra a Frisbée le daré el gusto de que le pegue cuatro tiros.

Al volverse Frisbée, el general Schmaltze, descubrió el colmillo y dió un grito de sorpresa.

Con el susto, Frisbée levantó la cara y el ex padrastro le reconoció. ¡Ah, Frisbée! ¡El miserable!

Los americanos quisieron huir, pero entró el oficial que había tomado el baño y les impidió la fuga...

—¡Al calabozo con ellos! — gritó el general. — Los fusilaremos al amanecer!

Tilita y sus amigos fueron llevados a un departamento que hacia las veces de cárcel.

Pocapena se arrepentía de su conducta, pero nada dijo. Si confesaba que él tenía la culpa era capaz Frisbée de matarle antes de tiempo.

Ya en le calabozo, Tilita se apoderó del colmillo que llevaba Frisbée y le dijo:

—¡Esta era mi madre, señor!...

—¡No puede ser! — dijo Frisbée, asombrado.

—¡El medallón es mío! ¡Le juro que me

lo dió mi padrastro, el general! ¡Esta era mi madre.

—¡Tilita! — exclamó, emocionado el dueño del circo. — Tu madre era mi esposa!

—¡Si mi madre era su esposa yo soy su hija! Padre mío!

Y en la prisión se desarrolló una escena sentimental.

¡Y pensar que se habían encontrado para vivir tan poco tiempo juntos, pues iban a fusilarles!...

Sin embargo, no se resignaban a la muerte...

Frisbée y Pocapena abrieron un agujero en las trincheras y después de largas horas de trabajo, al amanecer, lograron abrir un boquete suficiente para escapar.

Precisamente escaparon a la misma hora en que debían ser fusilados y estaba ya formado el cuadro.

El general, enterado de su desaparición ordenó que les persiguieran hasta el fin del mundo, si era preciso.

Los dos hombres y Tilita corrieron desesperadamente perseguidos por los alemanes que no se resignaban a perder aquella presa que tanto deseaba el general.

Finalmente llegaron cerca de las líneas aliadas al lugar donde estaba el circo Frisbée con los demás hombres del circo.

Y para librarse de los alemanes, soltaron los leones quienes comenzaron a perseguir a los invasores causando en todas partes un pá-

nico espantoso.
¡No quedó un alemán para contarlos!
Los leones trabajaron de firme. Y Frisbée,
su hija y Pocapena respiraron el aire de la li-
bertad.

Frisbée no quiso más bromas con la guerra
Ordenó que traspasasen el circo al vapor...

Y volvió con sus amigos a los Estados Uni-
dos...

Pocapena marchó del circo lo mismo que
Jack, el otro cómplice...

Comprendió Frisbée que aquellos hombres
no eran de confianza, pues Tilita le hizo abrir
los ojos a la verdad.

Y en lo sucesivo reinó una paz octaviana en
el circo.

Frisbée era feliz al lado de su hija Tili-
ta. Y ésta era feliz también esperando al
amado, pues no había llegado aún; al amado
que se la había de llevar lejos...

F I N

Pida V. en todas partes

NÚMERO ALMANAQUE de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

para 1929

B.